



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

Aspectos de la prosa enloquecida de Leopoldo María Panero

Autor

Darío Navarro Peguero

Director

Alfredo Saldaña Sagredo

Universidad de Zaragoza
Filosofía y letras
Filología hispánica
2017

Índice

1. Resumen.....	1
2. Introducción.....	2
3. Aspectos de la prosa enloquecida de Leopoldo María Panero.....	3
3.1 Introducción biográfica.....	3
3.2 Individualismo y soledad, vida y muerte	8
3.3 La génesis de la locura: la esquizofrenia colectiva.....	11
3.4 La esquizofrenia en la prosa de Leopoldo María Panero.....	15
3.5 La paranoia como hábitat mental.....	21
3.6 La bipolaridad como final.....	25
4. Conclusión: verdad y locura.....	27
5. Referencias bibliográficas.....	30

1. Resumen

La vida y la obra de Leopoldo María Panero, si con una palabra se pudiesen describir, esta sería la de la llamada locura. Tanto es así que la «locura» es el espacio que aúna vida y obra del literato madrileño en un lugar singular donde una forma parte de la otra, y viceversa: se contaminan y se solapan.

Ahí es donde nace mi propuesta: descifrar esa «locura», motivo vital y literario de Leopoldo María Panero, así como verla plasmada a través de ejemplos de la prosa del autor, que por características del propio género y del propio escritor, es mucho más jugosa a la hora de poder profundizar con las ideas para enlazarlas y explicarlas que, por ejemplo, la poesía, más libre y azarosa: un terreno mucho más inestable.

De esta forma, a través de una pequeña introducción biográfica en la que quiero dejar patentes las constantes vitales, literarias y locas de Leopoldo María Panero, hablo de la locura en general del mundo desde un punto de vista posmoderno y marxista para su análisis, así como de la locura en particular de Leopoldo María Panero entendida como lucha contra ese mundo del que forma parte y por tanto ha de ser entendido, a mi juicio, en las coordenadas posmodernas y marxistas que rondaron por la mente del propio escritor a lo largo de su vida para así descubrir la esencia de su locura: destrucción que él elige como único camino posible para la libertad en un mundo plenamente destructivo, como se puede apreciar en su prosa, primavera esquizofrénica, paranoica y bipolar que desentrañaré a través de ejemplos.

Finalmente, el resultado será una red de ideas sobre la locura en la prosa de Leopoldo María Panero que sirva para entender a este escritor, especial y único, al haber podido acceder a su particular cosmovisión a través de su propia obra y de su propia vida: dos caras de una misma moneda, y ver esta última como reacción para destruir un mundo destructivo en el que parece no estar permitida la construcción, por lo que la propuesta de Panero: destruir la destrucción, puede que sea lo más adecuado para dar cabida a la vida.

2. Introducción

Para la realización de este trabajo me han sido de gran utilidad, además del propio Leopoldo María Panero, las películas-documentales de Jaime Chávarri y Ricardo Franco: *El desencanto* y *Después de tantos años*, respectivamente, como base biográfica y de contextualización del escritor, así como la biografía de este de la mano del excelente trabajo de Benito Fernández: *El contorno del abismo*.

Por otro lado, para entender a Panero en sí también he leído los textos de Alfredo Saldaña Sagredo sobre la escritura y la poesía del escritor madrileño, así como los comentarios acerca de él en sus clases, que en su día fueron los primeros en abrirme al excelente mundo de este escritor madrileño. Me ha servido de acomodo, además, el prefacio *Relatos de muertos*, de Túa Blesa, de su edición de *Cuentos Completos* de Leopoldo María Panero, así como los dos prefacios a las dos volúmenes de recopilación de poesía que Blesa hizo en su día: *Leopoldo María Panero. Poesía completa (1970-2000)* y *Leopoldo María Panero. Poesía completa (2000-2010)*. Por otro lado, también he utilizado la lectura de Deleuze y Guittari *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*.

He considerado, a partir de la lectura de todo lo dicho, que la locura de Panero, o lo que es lo mismo: su vida y su obra en esencia pura, así como los motivos que la mueven, nadie la había estudiado como tal de manera exhaustiva, tarea que vi accesible (por todo lo interpretado gracias a los textos mencionados en el anterior párrafo) y atractiva, a la par que peligrosa, dado que varias de mis referencias literarias coinciden con las de Leopoldo María Panero, quien, además, también se sumó hace días a mi biblioteca personal, lo cual supuse facilitaría mi trabajo de adentrarme en él y conocer los motores que guían su escritura.

Así, mi pretendida labor es indagar en su locura: el gen de su literatura, su literatura misma, a través de su narrativa, con el objetivo de que este estudio pueda servir de sostén al entendimiento racional de la locura del escritor y así también de cualquiera de sus textos, en los que la infraestructura de la llamada locura está patente.

3. Aspectos de la prosa enloquecida de Leopoldo María Panero

3.1 Introducción biográfica

La vida de Leopoldo María Panero, si por algo se puede caracterizar es por la soledad: desde niño cuando debía ir al colegio y no quería, o acaso quería pero solo con más mayores, tal y como indica Benito Fernández: «Una mañana [...] se resiste ir a la escuela [...] y exige que le coloquen con los mayores. Al día siguiente será el padre quien le ruegue a la directora la admisión del niño en la clase de los mayores» (Benito, 1999: 52). Y entre soledad y literatura acabó su vida, cuya esencia se derramó en el manicomio entre sus últimos versos.

Leopoldo María Francisco Teodoro Quirino Panero Blanc, así se llamaba Leopoldo María Panero de nombre completo, nació en Madrid el 16 de junio de 1948. Fue hijo del poeta Juan Luis Panero y de su mujer: Felicidad Blanc. Supuso el segundo hijo de la familia, tras Juan Luis, quien también fue poeta toda su vida. Pero entre Juan Luis y Leopoldo María, la familia perdió un hijo, llamado de nombre Leopoldo Quirino: «Fue un parto prematuro y presumían que nacería sin vida, pero no fue así. Vivió casi dieciocho horas y a las doce de la noche del mismo día que nació y murió le bautizaron con el nombre de Leopoldo Quirino» (Benito, 1999: 38).

Así, tras ese trágico suceso luctuoso, en «La madrugada del 16 de junio de 1948 nace en Madrid, en el sanatorio Castilla, de la calle de Ibiza número 25, Leopoldo María Francisco Teodoro Quirino Panero Blanc» (Benito, 1999: 43). El protagonista ya nace, casualmente, en un sanatorio, donde transcurriría gran parte de su vida por su supuesta locura, algo que cuanto menos parece un símbolo premonitorio dentro de un extraño simbolismo que siempre acompañó y guió a Leopoldo María Panero.

Y, dentro de ese simbolismo, como dice Benito Fernández: «El Quirino fue un homenaje al bisabuelo paterno [...] También bautizaron como Quirino –Leopoldo Quirino– al niño prematuro que vivió dieciocho horas tres años antes [...]» (Benito, 1999: 43). Panero siempre tuvo esa obsesión con la muerte como tema vital y literario, y, simbólicamente, recibe el nombre de ese bisabuelo suyo que también llevó el niño anterior de la familia que murió al poco de nacer: Quirino, pero no solo Quirino, también Leopoldo, como su hermano muerto, como su padre el poeta. Parece que desde su origen cae arbitrariamente sobre sí, como el llover, ese simbolismo que fue una de sus armas vitales y literarias. Porque vida y literatura son una única corriente confluyente en Leopoldo

María Panero; tanto es así que a sus tres años ya es autor de poemas que recita, algo impropio de un niño de su edad. Su madre escribía y guardaba esos poemas:

Leopoldín, sin haber leído ni escuchado recitar poemas –su padre jamás acostumbra a hacerlo en casa–, con mucha teatralidad, de repente entraba en estado de suspensión y espetaba: “Estoy inspirado”. Y comenzaba a verter un manantial de versos inapropiados en un mocoso de su edad. Su madre iba anotando los poemas en un cuaderno a medida que la criatura recibía la visita de las musas. Sorprendentemente, ya percibe insólitas sensaciones (Benito, 1999: 45).

Leopoldo en sus primeras composiciones poéticas ya habla de estrellas, mar, misterio o tumbas, temas cuanto menos sorprendentes de los que siguió escribiendo siempre, tal y como dice el propio Leopoldo: «“Yo empecé a escribir poesía muy pequeño, [...] se las dictaba a mi madre. [...] No eran propias de un niño que empieza a vivir y a experimentar sensaciones. Daban la impresión de ser poesías hechas por una mente atormentada y muy amarga. Tenían también una carga de crueldad encima muy grande.”» (Benito, 1999: 51).

Desde pequeño, «el niño era alegre pero a la vez muy nervioso, de una gran vivacidad» (Benito, 1999: 44). Aunque poco más tarde de aquello, «Leopoldo María continúa nervioso y alegre pero con la mirada triste» (Benito, 1999: 45). Esa mirada triste la conservaría siempre el literato, física y espiritualmente hablando.

Desde muy pequeño, su conexión con la literatura fue brutal: «A veces aparecía con un puñado de revistas bajo el brazo tocado por un sombrero andrajoso y proclamaba ser el Capitán Marciales, un personaje de ficción sólo dentro de su cabeza, e improvisaba monólogos interminables con voz impostada y densa» (Benito, 1999: 52). Si bien es cierto que todavía era un niño, no deja de ser cierto que lo de generarse personajes ficticios para llevar a cabo su literatura no acabó ahí, sino que fue solo el comienzo, porque en su prosa no deja de crear personajes que, en mayor o menor medida, reúnen rasgos autobiográficos. Desde niño acostumbraba a sorprender siempre en las reuniones culturales de casa de los Panero con ese personaje ficticio suyo: el capitán Marciales: «El quimérico capitán Marciales [...] tenía por esposa a Viene y Va, y tal era el lenguaje empleado por aquel mocoso que Eulalia reclamaba una grabadora para recoger semejantes tiradas. “Dámaso [Alonso] está loco con este niño”, recuerda Delgado que exclamaba Eulalia Galvarriato» (Benito, 1999: 58).

Ya a finales de la década de los cincuenta del siglo XX: «Leopoldo María no va mal en los estudios, es aplicado. Por contra, a menudo los padres reciben quejas de su conducta en el Liceo Italiano [...]. “Tiemblo a la adolescencia de este chico”, le dijo intranquilo en cierta ocasión Leopoldo a Felicidad.» (Benito, 1999: 63).

En 1962, el padre de la familia: Leopoldo Panero, muere de una angina de pecho tras llegar a casa con unas copas de más: «Feli entra de nuevo en la habitación porque aquel silencio le parece demasiado inquietante y lúgubre. Enciende la luz y el semblante apacible de Leopoldo queda iluminado; parece dormir pero su pulso dice que ya no vive. Felicidad suelta la gélida muñeca y ésta cae inerte [...]. Leopoldo Panero Torbado ha muerto de una angina de pecho» (Benito, 1999: 66). Esta muerte fue muy significativa a nivel familiar y marcó en todos un antes y un después. La figura poética del padre pareció sembrar una semilla en los tres hijos y en su viuda: sus vidas estarían para siempre marcadas por lo literario y también por lo funesto: a partir de este momento todo parece estar consumiéndose por un espectro destructivo en esa familia.

Es poco después de aquello cuando «Leopoldo María [...] comienza a tener escarceos amorosos. Es un muchacho enjuto de rostro afilado, con la mirada dulce y tierna, que enciende sus primeros cigarrillos y saborea los tragos iniciales. Elisabetta, una chica italiana compañera del Liceo, es su primer amor [...] Eli fue a la primera chica que Leopoldo besó» (Benito, 1999: 67-68). Ella estaba enamorada de él porque era especial: «“Me han preguntado si... si estoy enamorada! Me he sobresaltado y he bajado los ojos[...]. Claro que lo estoy, cómo no lo estaría conociendo a Leopoldo: es tan... tan extraordinario tan distinto a todos los demás, es tan fenómeno”»¹

Leopoldo María Panero bajó su nivel académico con su primer amor, coincidente con la muerte de su padre, tal y como se puede ver en las calificaciones que publica Benito Fernández (Benito, 1999: 68-69), pues se aprecian muchos cincos y seises, y tan solo dos sietes como notas más altas. Va disminuyendo su rendimiento escolar, atento a otras cosas que nacían de sus adentros.

Leopoldo María Panero, quien, a pesar de tener hermanos, se sentía solo en casa debido a ese inmenso mundo interior que lo hacía diferente al resto, también para las chicas como se ha podido ver, y en clase, donde su ingenio ya se cobró sus primeras hazañas, hazañas que con el tiempo acabaría convirtiendo en una suerte de locura quijotesca con mucho jugo literario:

¹ Según dice Benito Fernández, se respetan los signos de puntuación de documentos escritos como en este caso cartas que, por ello, pueden carecer de una ortografía adecuada. Por ejemplo aquí no hay apertura de exclamación.

Las fechorías de Leopoldo María en el Liceo Italiano empiezan a cobrar notoriedad. Para su suerte, asiste a una institución muy liberal, porque resulta impensable que en esa época un mocito de quince años trate de cobrar entrada a los asistentes a la clase de formación del espíritu nacional al precio de una peseta. Vendió papeletas de fabricación propia por todo el colegio. Una empleada del Liceo trató de entrar, creyendo que asistiría a un espectáculo, hasta que el profesor le impidió el acceso. Otro de los escándalos sonados ocurrió cuando obligó a un rollizo profesor de gimnasia a dar varias vueltas al enrejado patio del Liceo corriendo tras él. No le alcanzó hasta que entre varios compañeros lograron retener a Leopoldo María. Al día siguiente el profesor llamó a Felicidad para comunicarle que el chico era un rebelde. Igualmente recibió quejas del padre Palomar, a quien Leopoldo se empeñó en mostrarle la no existencia de Dios. El sacerdote, preocupado por aquel conturbado muchacho, le comunicó a su madre: «Leopoldo puede ser todo o nada» (Benito, 1999: 70)

Leopoldo María Panero, desde pequeño y joven, con claras muestras de una muy hábil inteligencia, elaboró por ello una conducta antisocial, propia del trastorno de la personalidad, que lo mantuvo alejado del mundo que lo rodeaba, de sus leyes, de sus normas, de sus valores, aislándose en una soledad que le permitió sumergirse por un camino distinto al considerado normal, estableciendo una verdad alterna: la suya, la considerada loca, la individual y propia que ocasionó una literatura única, especial, brillante, bañada de ese «todo o nada» que decía el padre Palomar: esa bipolaridad que lo arrastró por sus mares de fuego.

Según Benito Fernández (1999), además de por la literatura, Leopoldo María Panero se interesó mucho de adolescente y joven por la política, siendo un incipiente comunista que acabaría asqueado de serlo. A partir de este momento, la vida de Leopoldo María Panero es un circuito cerrado con curvas dificultosas que repite una y otra vez cada vez en mayor intensidad: cambió la persecución policial debido a esa militancia política por otra: la del consumo y tenencia de drogas que utilizó para llevar a cabo toda su literatura mientras pudo. Después, la persecución fue una manía hecha paranoia que le acechó en su cabeza el resto de sus días junto con otros muchos trastornos que pocas mentes son capaces de soportar. Coincidiendo con el abuso de todo tipo de drogas habidas en los años 70 experimentó viajes infructuosos (tanto mentales como físicos), amoríos rotos, desencanto existencial, homosexualidad, cárcel, vida al límite entre numerosísimas casas de una y otra gente que conoció y también vivió en basureros o en el metro, lugares donde cultivó una soledad tan profunda que le llevó a crear multiplicitud de mundos internos por los que invita al lector a transcurrir mientras, además de todo lo dicho, él pisaba sus primeros sanatorios

psiquiátricos, y salía de ellos, y protagonizaba episodios altisonantes para, de nuevo, volver a entrar en otros sanatorios, viajaba a otro lugar donde hacía de las suyas de la mano de sus brotes esquizofrénicos y psicóticos para volver a quedar encerrado en psiquiátricos, y así continuó eternamente para ofrecer una literatura intensa, marcada en sus carnes desgarradas por el desencanto de la soledad.

Recorrió media España en sanatorios desde la década de los setenta hasta la fecha final de su muerte: el 5 de marzo de 2014, entrando, saliendo, y haciendo su vida entre ellos y el camino que los separó cada vez con menos intervalo de tiempo entre uno y otro: una vida distinta a la de cualquiera, una vida que cualquier persona considerada como normal hoy en día califica de loca, pero como dice Benito Fernández: «Leopoldo María Panero comprende su propia circunstancia –¿loco?–; colaboraba en radio: sabía que cada miércoles tenía su tertulia [...]; racionaliza su tiempo, escribe –¿loco?–; administra sus ingresos, tiene tarjeta de crédito: retiene su clave –¿loco?–. Tiene memoria y nuestra memoria es nuestra coherencia –¿loco?–. Tiene “una lucidez rara, pero lucidez”, como él mismo reconoce» (Benito, 1999: 31). También Pere Gimferrer lanzó elogios a Leopoldo María Panero: «Pere Gimferrer vio factible en el poeta madrileño la actitud de Artaud, atisbó que Leopoldo podría: “como Artaud, organizar, desde la Sinrazón, un discurso razonable, ser un poeta constructivista a partir de la destrucción”. Por entonces nuestro autor solo había publicado *Así se fundó Carnaby Street*» (Benito, 1999: 31)

Panero se ganó piropos hasta de psiquiatras, uno de ellos dijo: «“Una persona con el don de crear, puede llevar a término su obra en cualquier lugar. Con Leopoldo María Panero se daría la paradoja de que estando encerrado su obra llega más lejos en el espacio y en el tiempo [...], aporta a los demás lo mejor de sí mismo. Y eso es un signo de salud mental”» (Benito, 1999: 32).

3.2 Individualismo y soledad, vida y muerte.

Si la doctrina del mundo y su funcionamiento parten de la idea del sistema económico, político, social y cultural que lo domina y lo engloba en sus propias relaciones que lo constituyen y construyen, no podemos sino percibir, desde la observación de los grandes acontecimientos históricos hasta la observación de cualquier leve, por pequeño movimiento que se produzca y sutil que sea su peso sobre la faz de nuestro planeta, una estructura dominante por encima del resto, una forma que engloba el «ser» de todos los individuos que vivimos bajo las normas del siglo XXI: el interés individual, o, lo que es lo mismo, el éter del capitalismo, la esencia misma de las políticas que orquestan la vida que nos copa y, dentro de la cual, por supuesto, se encuentra la literatura.

Así pues, tanto la vida del más simple panadero como la vida del más importante y ostentoso rey se rigen por el interés particular en tanto en cuanto necesitan de él para dotarse de la premisa básica de la existencia (humana o no humana): la supervivencia, claro, individual: la supervivencia de su ser, con todas las particularidades que lo engloban lanzadas por su genética y por el ambiente sociocultural que lo envuelve como individuo.

El desarrollo del cerebro humano es, en todo caso, posterior a la idea de supervivencia que compartimos con el resto de especies, pero ha sido el propio desarrollo de nuestra arma distintiva (el cerebro, y con él la razón), el que ha sugerido un camino que, a la par que el propio paso del tiempo, ha ido siendo cada vez más mortífero por culpa del individualismo que lo azota. Así pues, si bien podríamos haber conseguido un mundo con relaciones basadas en la paz, la libertad o la felicidad, donde la muerte solo fuese un final estamos en su contrapunto: un mundo beligerante, con cadenas y grilletes a cada paso a la par que infeliz, donde la muerte es, pues, el paradigma del día a día y su concepto, su valor semántico, ha sido revertido, y es que ya no es el final del camino sino el camino en sí. Entonces, siendo panerianos, quizá podríamos hacernos la pregunta: ¿la mayor vida hoy se encuentra en la vieja idea de la muerte?

Y es que tal y como ocurre con el concepto 'muerte', por ende, pasa lo mismo con el de 'vida': ambos han sido despojados y revertidos en su significado real así como en su propia interrelación semántica, porque esta es tan profunda que sin la existencia de uno de los dos términos el otro deja de tener valor alguno por falta a lo que oponerse. Ocurre el mismo proceso con el resto de conceptos que nuestro cerebro acostumbra a nombrar a través de la lengua de dos en dos como por funcionamiento estructural de nuestra visión y forma de hacer las cosas: lo bueno y lo malo; lo

bonito y lo feo; la luz y la sombra; etc., que están dogmatizados semánticamente por un interés humano individual que subyace en ellos y que así los nombra por alguna razón, por algún motivo.

Llegados a este punto, conviene preguntarse que para quién es que significan los conceptos aquello que significan, y, ello, no puede sino verse a la luz del interés individual del que vengo hablando, que no muestra sino una ruptura en la frontera que separa el «yo individual» como categoría interna del «yo social» como categoría externa, y cuyo vértice fronterizo anida en nuestra existencia como humanos: el ser humano hasta hoy ha seguido la tendencia de que, siendo él una esencia y la sociedad el contexto en el que se mueve e interactúa, ha puesto a su disposición individual todo lo que le rodea: al utilizar al todo, al universo, a su sociedad humana y las sociedades de los demás seres vivos (e inertes) en beneficio personal y propio no cabe sino pensar que si hay, pues, quien se beneficia y logra rentabilizar su interés, de este modo, tiene que haber obligatoriamente quien padezca esta situación en ese ámbito social del todo que nos envuelve.

Por ejemplo: si hay muchos incendios e inventas un líquido más rápido y eficaz que el agua para apagarlos eres Dios personificado, pero lo que puedes hacer es también inventar ese líquido y para venderlo y enriquecerte provocar incendios y así generarte beneficios seguros, entonces eres el diablo personificado. En base a esta situación, si te consigues hacer pasar por Dios en la apariencia evitarás tu condición diabólica en los ojos de los demás y, por tanto, no lo serás aunque lo seas si tienes a tu favor a medios de comunicación y otros mecanismos y estatutos de poder. Es justo aquí, en este vértice contradictorio donde nace la locura en su esencia, porque si el diablo es Dios, ¿Dios es entonces el diablo?. En este tipo de cruces de relaciones sociales y perspectivas llenas de intereses particulares, cuyo único principio y fin es ese, el interés particular, se desenvuelve todo lo tangible del planeta. La libertad individual ha acabado por ser la condena del individuo. El principio rector individualista lleva el apocalipsis en su esencia.

El ser humano posmoderno actúa sin más interés que el beneficio propio y directo y, así pues, en lugar de tomar sus decisiones en correlación horizontal con su entorno, pensando en él, en ese todo, del que forma parte y por tanto es, lo ha hecho de una manera más alicorta, más superviviente, (más primaria y menos racional), que determina por tanto el fracaso del cerebro humano como mecanismo, aparentemente evolutivo, esencialmente involutivo, puesto que sacar beneficio individual del entorno quiere decir dejarlo cojo, como a Hefesto, y, como a él, condenar la existencia a una fragua que nos arrasa. Si todos los seres humanos ponen a su disposición la sociedad que los engloba en las relaciones con los demás, estas tienen que ser a la fuerza falsas,

mentirosas, interesadas y por tanto voraces y crueles: no hay más que ver lo que está ocurriendo hoy en día, 2017, en el mundo: armas de destrucción masiva hechas por humanos que arrasaría con los propios humanos y con todo, con todo lo demás, con todo el mundo puesto bajo el interés egoísta, que además anuncia una muerte temprana del humano como especie y de la historia que ha puesto bajo su servicio.

Cabría preguntarse qué sería de nuestra raza y del mundo que habita si en el cerebro hubiese primado funcionar hacia el interés global que nos auna(ría): todos los que lo han intentado a lo largo de la historia han fracasado en su intento debido a la vorágine caníbal del hombre, el arma más destructiva jamás conocida en la Tierra, sobre todo, por la rapidez extrema que lleva en su avidez, esa rapidez que no es sino la mejor aliada de la muerte. Es imparable.

Si el individualismo nos ha llevado a la ruina, a la muerte prematura, el afán por el bienestar global se supone hubiese determinado lo contrario. Pero la realidad es individualista, y el individualismo conduce a la soledad. Estos términos (individualismo y soledad) guardan la misma relación entre sí que la vida y la muerte, porque son sus metáforas hijas, al igual que todo lo que engloba nuestra perspectiva humana existente, cuyos límites son la vida y la muerte, y que por tanto dan forma a nuestro conocimiento amparándolo como padres a sus hijos. Con el individualismo nace de su mano y tras de sí la soledad: su hermana gemela (o, mejor, melliza), y este es el lugar, la soledad, donde manan y comienzan a fluir las llamadas «enfermedades mentales» o locura: el escenario que, a mi juicio, mejor sintetiza el funcionamiento esencial del mundo que hoy nos envuelve. Ese es el lugar de Leopoldo María Panero.

3.3 La génesis de la locura: la esquizofrenia colectiva.

Si partimos de la idea ineludible de que las personas habitamos en sociedad, algo que va inherente a nuestro ser como se puede comprobar en la Historia desde el tiempo de las pinturas rupestres (que ya mostraban la tendencia a vivir con otros iguales) hasta hoy, deberíamos interactuar con la sociedad pensando equilibradamente entre la sociedad externa (50% de nuestro ser) y nuestro yo interno (el otro 50% de nuestro ser) sintiendo nuestra existencia como mero vértice, en todos los sentidos, de esa relación, pero no ocurre así.

Con el individualismo, en pleno siglo XXI, en pleno neoliberalismo capitalista, en plena posmodernidad, al utilizar la sociedad (el contexto) en beneficio totalmente propio e interno, sin fijarse que el 50% de su ser lo compone esa sociedad, el ser humano deja de aportar el 50% de lo que debería de aportar, pero ese 50% restante no puede desaparecer y, claro, va a parar al otro lado de la balanza: de modo que el ser humano es un *ser social individualista al 100%*. Dicho de otro modo, el ser humano, en su actitud y actividad funcional a nivel estructural y de base, se come a sí mismo, se come a una parte de sí, se autodestruye, esa es la esencia que mueve al mundo en su principio rector.

Esto es esquizofrénico, ni más ni menos que esquizofrénico, puesto que el discurso social queda como verdad anulada y tachada, pero latente, y la verdad se configura entonces como un delirio, una alucinación individual que parte del yo y que no tiene en cuenta a su parte social, y que por eso es una mentira en sí misma que se configura en el cruce de los delirios individuales y sus intereses: el propio proceso de lo dicho implica la generación de distintas perspectivas, tantas como individuos haya. Lo cual, fruto de la evolución se traduce en que unas pocas perspectivas se vayan imponiendo y comiendo a otras, invalidando por consiguiente a estas últimas.

Hoy en día, si nos fijamos, ya debemos de estar en el final del proceso, dadas las coordenadas globalizadas del mundo occidental en el que nos movemos, donde impera la verdad única, que se impone a todo lo demás, tachándolo de mentira, sabiéndose ella una mentira generada por intereses individuales pero generalizada como verdad social porque la creen todos los individuos, sometidos bajo esos intereses.

Así pues, la considerada «normalidad» en una sociedad es una perspectiva individual generalizada por unos intereses, anteponiéndose a otras verdades individuales que, cualesquiera que

sean, serán tachadas de locura por el propio peso destructivo del proceso (si se aceptara otra posibilidad, ese sería el principio del fin de la llamada «normalidad»). Entonces, ante tal situación, el individuo humano puede elegir entre dos esquemas iguales en estructura que solamente se diferencian en su pura concepción como verdad o mentira, realidad o locura, llámese como se quiera, en la afluencia de público que tengan cada uno. La actitud que toma el ser humano posmoderno ante esa doble posibilidad es renunciar a su yo, a su verdad individual y encajar la verdad social lanzada interesadamente por la categoría del individuo que no quiere que se descubra el interés que esconde: así, esa verdad social es una mentira que parte de otra mentira, la mentira en sí que supone la verdad individual pero que parece, y aparece, disfrazada por una banalidad, una mediocridad, una idea de normalidad que esconde el principio que la motiva, para no ser descubierto y, por tanto, pudiere así ser erradicado.

El relato de esa verdad individual, más o menos mentirosa según su popularidad, por ser de carácter individual y no social (dado el fracaso de las ideas comunistas, socialistas, anarquistas y todo punto de vista social que haya organizado en algún tiempo y espacio la vida humana) viene marcado por la imposición sobre el otro y lo otro: sobre su destrucción sin límites que en el fondo supone la destrucción de uno mismo al estar todas las perspectivas contaminadas del mismo espíritu destructor.

Todo parece indicar que ya no hay posibilidad para romper este proceso que devora al mundo, quizá la única solución sea entonces destruirlo cuanto antes para ver si así algo puede volver a nacer en un mundo tan solo muriente. Esta es la perspectiva vital autodestructiva donde se sitúa Leopoldo María Panero, emergida de la soledad, que es la sombra olvidada del individualismo: así, ante la muerte del individuo que declara la posmodernidad, ante la muerte del individualismo por el propio proceso caníbal que lo devora, ante la luz apagada por sus oscuros destellos, se enciende la sombra, nace la razón de la locura.

Para encuadrar esto, vienen al caso como anillo al dedo Deleuze y Guattari. quienes ya concibieron el capitalismo como esquizofrenia:

Del capitalismo decimos a la vez que no tiene límite exterior y que tiene uno: tiene uno que es la esquizofrenia, es decir, la decodificación absoluta de los flujos, pero no funciona más que rechazando y conjurando este límite. Además tiene límites interiores y no los tiene: los tiene en las condiciones específicas de la producción capitalistas, es decir, en el capital mismo, pero no

funciona más que reproduciendo y ampliando estos límites a una escala siempre más vasta. Ahí radica la potencia (y el poder) del capitalismo: su axiomática nunca está saturada, siempre es capaz de añadir un nuevo axioma a los axiomas precedentes. El capitalismo define un campo de inmanencia y no cesa de llenar ese campo. Pero ese campo desterritorializado se halla determinado por una axiomática, al contrario que el campo territorial determinado por los códigos primitivos (Deleuze y Guattari, 1985: 257-258).

Así, a la luz de la brillante idea de Deleuze y Guattari, se puede afirmar que el capitalismo en sí mismo es esquizofrénico al permitir que la estructura del dinero, sus valores y perspectivas barran por completo a la estructura primitiva de organización de la naturaleza y sus leyes.

Dicho de otro modo, es precisamente lo que ocurre cuando se sustituye el valor de uso de las cosas por el valor de cambio, que es el que configura hoy en día el dinero: términos que puso en marcha Aristóteles y Carlos Marx desarrolló acoplándolos a las sociedades modernas. Así, el hombre, entendido como mera pieza de ese proceso capitalista es un mecanismo esquizofrénico más impulsado por esa maquinaria que el propio hombre puso en marcha.

El hombre es un mero individuo que se relaciona socialmente en un flujo autodestructivo del entorno y por tanto de sí mismo. A tal punto ha llegado la autodestrucción que ante la imposibilidad de la historia de encontrar un hombre que someta a todos los demás, se ha abierto la posibilidad de que sean las máquinas, la inteligencia artificial, las que acometan esta tarea.

De este modo, la historia se crea con el individualismo (en las civilizaciones más arcaicas ya había figuras como los chamanes que se consideraban y eran considerados superiores) y se cría con la lucha de clases, que no es sino su manifestación en términos globales. El final de la historia dijo Karl Marx que llegaría con el comunismo, no ha sido así, parece será una creación más allá del hombre la que destruya al propio hombre. Esto es la más pura de las locuras, una esquizofrenia latente.

Leopoldo María Panero quiso salir de aquí, de todo esto que describo, y salió, salió por la única vía posible en un mundo tan globalizado y tentaculizado: por la soledad, que es el único camino que queda cuando ha muerto el individuo. Esa soledad, al ser en realidad un submundo del mundo enfermo en que vivimos, y que por ello emana de él dado que no queda otra opción, es más destructiva todavía porque supone la amenaza de la destrucción: es decir, la destrucción de la

destrucción: es decir, Leopoldo María Panero, la más pura intensidad de la destrucción, que, por una especie de correlación de fuerzas marxistas pero en un revisionismo de su concepto, viene al mundo a acabar con lo que nos acaba, siendo la personificación de la sombra de la soledad que tantas veces hubo despreciado la luz del individualismo con su teórica y banal cordura que un día dibujó para ocultarla.

3.4 La esquizofrenia en la prosa de Leopoldo María Panero.

A través de metáforas (que se convierten en alegorías), vamos a poder ver cómo los personajes de Leopoldo María Panero, así como las escenas y tramas por las que se mueven, están llenos de esquizofrenia, y de sus primas: la paranoia y la bipolaridad, que emanan de ella. Todo en la prosa de Panero rebosa esa locura que esconde el tejido social, económico y cultural, y por tanto literario (hasta que llegó Panero), del mundo real a través de la banalidad y las apariencias, siendo Leopoldo María Panero con su imaginación el jinete del apocalipsis que por fin llega a vencer con la esencia del principio rector descubierto y dándole valor a esta idea misma: porque desentraña de manera metafórica, perspicaz y muy jugosa la clave esencial y destructiva del mundo dándole potencia a la fuerza antepuesta a (y ocultada por) la banalidad que es la de la locura. Si la banalidad esconde lo real: lo real es la locura.

Así, si el paradigma individualista que rige el mundo tapa con la aparente banalidad la esencia capitalista, la esquizofrenia, la autodestrucción de la locura que habita en su sombra y todo parece ser banal, Leopoldo María Panero le da una vuelta de tuerca al proceso: serán los escenarios aparentemente normales los que conduzcan ineludiblemente, como por correlación de fuerzas inevitable, a la realidad de la llamada locura que envuelve a los personajes desde el fondo de sus vidas, en el misterio que con su fuerza llama a resolver los asuntos que la banalidad había olvidado.

La literatura en Leopoldo María Panero es ficción pero es realidad porque es una ficción que habla sobre la realidad, sobre la realidad en la que se ha convertido la ficción. Leopoldo María Panero viene a matar a la muerte. Leopoldo María Panero es la muerte definitiva, es la muerte como forma de volver a nacer. ¿O acaso no es el otoño el que fragua una nueva primavera?

A través de la prosa de Leopoldo María Panero, aunque sea menos abundante que su poesía, se puede conectar mucho mejor con su locura debido a que la prosa requiere de más argumento que la poesía, más libre y difícil de desentrañar debido a que no hay que darle profundidad a ninguna trama como sí hay que hacerlo en el ámbito prosaico.

La esquizofrenia es una enfermedad que representa el centro de los trastornos psicóticos y esquizofrénicos, que el *DSM-5* define así: «Los trastornos [...] de la esquizofrenia y otros trastornos psicóticos [...] se definen por anomalías en uno o más de los siguientes cinco dominios: delirios, alucinaciones, pensamiento (discurso) desorganizado, comportamiento motor muy desorganizado o

anómalo [...] y síntomas negativos. [...]» (Asociación Americana de Psiquiatría, 2014: 87). Esta es una de las enfermedades que portan como bandera los personajes de Leopoldo María Panero que, como el propio escritor madrileño, enlazan toda una suerte de simbolismos psicóticos y actitudes esquizofrénicas que impulsan la trama de los cuentos en muchas ocasiones, así como a los personajes, rodeados siempre de la soledad y la destrucción que impulsan la esquizofrenia.

Es el caso de, por ejemplo, el cuento *Godeo Chutex*, en donde Leopoldo María Panero lo que hace es hablar en primera persona de que desde niño quería acabar con Dios, con el Dios que representa el todo del cual forma él parte, el Dios inmanente de Spinoza, y eso es debido a la soledad de sentirse apartado en unas creencias individuales simbólicas distintas a las creencias individuales simbólicas adoptadas por la mayoría como normales. Así pues, se permite la ironía incluso comparando su creencia en Dios ante la que tienen los cristianos: «DESDE MUY NIÑO, SOÑABA CON DESTRUIR A DIOS. [...] Claro está que no me refería al Dios trascendente de los cristianos, cuya destrucción o muerte no significaría sino tan solo un vacío o una pérdida absurda; no, yo me refería al Dios inmanente de Spinoza y los cabalistas, y en lo que soñaba, pues, era en la destrucción de todo, incluido, claro está, yo mismo.» (Panero, 2014: 355)

Así pues, el simbolismo de Panero ya se introduce como distinto, un simbolismo al que libremente, por ser únicamente suyo, de manera psicótica y esquizofrénica, codifica como quiere:

ya que yo formaba parte del todo, si yo me destruía metafísicamente, podía acabar con la coherencia del todo, y aquel, perdida su consistencia, se desvanecería en el vacío. Debía, además, modificar o pervertir los signos que me relacionaban con ese todo [...]. Empecé por cambiar la orientación de mi espejo en relación al sol. Luego, tras de practicarle una pequeña herida en la mano, puse una ínfima y casi invisible mancha en el ángulo izquierdo de dicho espejo. Al hacerlo tuve en cuenta que las estrellas fijas, que están más cerca del Malkhuth o de la corona de Dios, se mueven hacia la derecha, y por eso ubiqué la mancha de sangre en el lado opuesto, a la izquierda. [...] Al pasar, por ejemplo, junto a una mujer, que es uno de los símbolos de la divinidad, crucé en diagonal, que es emblema de Satán; al encontrarme con un niño, otra metáfora de Él (según Heráclito), retrocedí y al tropezar con un anciano, me volví del revés y le enseñé, discretamente, el culo (Panero, 2014: 355-356).

En realidad, Panero, inteligente, pone en marcha una serie de mecanismos religiosos simbólicos de su particular fe recogiendo información heterogénea de aquí y de allá: Spinoza, Heráclito, etc., cosa misma que han hecho siempre otras religiones, como la cristiana.

La estructura de la religión personal que en este cuento establece Panero solo se diferencia de la considerada normal en cualquier civilización en que él tan solo es una persona con ese tipo de pensamiento religioso. En cualquier civilización son muchas las personas que tienen un tipo de pensamiento religioso: es decir, el pensamiento está socializado (aceptado socialmente) y las interpretaciones que tienen sobre las cosas no son menos alucinógenas, en muchos casos, que la particular perspectiva de Panero. Así, la religión paneriana, llamémosla así, está codificada en una estructura igual a la de cualquier religión, por tanto, la esquizofrenia que desde luego está patente en Panero también está oculta bajo la consideración normal de otras simbologías aceptadas socialmente y cuya locura se evapora, precisamente, en esa aceptación.

La asociación esquizofrénica de ideas panerianas sigue: «Me acerqué a un comercio cercano a mi casa y cambié sigilosamente [...] una letra del rótulo: la V, inicial de Vida, por la M, que lo es de la palabra “Muerte”.» (Panero, 2014: 356).

Esta asociación esquizofrénica propia de Panero, fantástica, que incurre en una alucinación que le hace desenvolverse en *Godeo Clutex* también aparece de manera significativa, por ejemplo, en *Aquello que callan los nombres* cuando el personaje protagonista, otro de sus personajes que encarnan el ser de Leopoldo María Panero, igual que el anterior: en primera persona, llega a la isla de Micenas, de donde dice «me sorprendió al llegar a la estación ver el nombre épico de “Micenas” cubierto por la carbonilla y las manchas de humo que vomitaban a diario los miserables trenes griegos» (Panero, 2014: 276). Así, parece querer darle un segundo sentido propio de su alucinación y extravagante fantasía al hecho que presencia; o, más adelante, en el mismo cuento, cuando llega supuestamente al desierto de Argos, dentro del mapa collage que diseña en este relato:

vino pronto a sumarse [...] una espantosa presión en los tímpanos, debida probablemente a aquel lugar se hallaba a una gran distancia bajo el nivel del mar. Así que andaba ya exhausto y con demasiada sed en los ojos cuando llegó el crepúsculo redimiendo en algo el paisaje, y ante mi asombro vi, o creí ver bajo su luz, la silueta de un castillo más que en ruinas. Pasado el primer asombro, cavilé que podía ser el famoso Palacio de los Reyes del Mar (Panero, 2014: 290-291).

No solo tiene esa esquizofrenia delirante sino que la impulsa y la quiere desarrollar predisponiéndose a ella, tal y como se lee en el anterior párrafo, acometiendo una inversión de los paradigmas y su significado: destruyéndolos, tal y como se ha podido observar en los anteriores

ejemplos.

En los cuentos más tempranos de todos los que hizo, como *Mi Madre*, utiliza un simbolismo muy rico en todo momento pero menos esquizofrénico y delirante, aun siéndolo, como el que desarrolla después en su vida (tal y como se puede ver en *Godeo Clutex*, por ejemplo, escrito más tarde cronológicamente hablando). Introduce así en *Mi madre* mitos como el de las amazonas adscribiéndose a su simbolismo histórico pero atribuyéndoles a esos seres cualidades a su gusto, como su atractiva y singular belleza nórdica pero con un encanto varonil, porque esconden secretos como un gran falo entre sus piernas; la joven atractiva pero con encanto varonil también aparece en *Aquello que callan los nombres*: «una bella joven salió a abrirme y enseguida me pidió el abrigo ofreciéndome al mismo tiempo una silla, a la espera de la llegada del patrón, al que presumí como siendo su padre; era rubia y parecida a un muchacho, y casi esperé oírle hablar de su amante Paris y decirme que era la Helena Argiva» (Panero, 2014: 277).

Su imaginación, su fantasía, su delirio, no tienen límite alguno: su límite es el no límite. Todo ello incurre en una manera personal de ver las cosas, en donde va mezclando desorganizada y arbitrariamente el conocimiento que adquiere, y va configurando un sistema que se aleja del sistema simbólico considerado como normal y que, como no fue erradicado en ningún momento de su proceso, tan solo creció y creció, desarrollando entonces la llamada esquizofrenia.

Esa esquizofrenia no solo la desarrolla a través de la alucinación mitológica que se ha podido ver en *Mi madre* y *Aquello que callan los nombres*, sino que, tomando como referencia el primero de estos dos cuentos, compara la ciudad donde se desarrolla la trama, Obidos, con Hong-kong o Tánger, en tanto en cuanto son: «ciudades literarias»: «en esas ciudades literarias —Tánger, u Hong-kong, u Obidos—» (Panero, 2014: 56). Lo son por ese misterio que ocultan, por esa magia fantástica, que en el caso de Hong-kong y Tánger tienen que ver también con ese camino esquizofrénico personal pero, en estos casos, de la mano de las drogas, gracias a las cuales sus personajes se pasean esquizofrénicos por su obra narrativa, como él por su vida personal, ya que en Tánger fumó hachís, grifa y consumió otras sustancias como LSD a mansalva, mientras que Hong Kong era una ciudad famosa en la época por los fumaderos de opio que tenía, y a Panero seguramente le hubiese gustado ir dada su adicción a todas las drogas que tenía a su alcance.

De este modo, al igual que él en vida, sus personajes también vagan por su prosa inducidos en la esquizofrenia delirante de las drogas: es el caso de, por ejemplo, el alcohólico que protagoniza la

historia de *Presentimiento de locura*, quien, guiando su vida por el alcoholismo, traza una serie de ideas que se van asociando cada vez más fuertemente gracias a la ayuda del alcohol, y ese delirio alcohólico es el que hace evolucionar la trama, llevada a su final por el mismo. El personaje, cuando ha podido dejar el alcohol por fin, es tan fuerte la cadena que tantos años lo ató a él destructivamente que lo conduce a su final.

El protagonista de esta historia, como Panero en la vida real, era un hombre sin necesidad de trabajar debido a que por herencia familiar disponía de dinero, y por ello es que se dedica a la literatura y al alcoholismo, sin saber que la historia de su propia vida era lo más literario que iba a escribir. Así, se puede ir viendo cómo vida, obra y locura son un mismo ser en Panero, con tres caras cuyos rasgos son los mismos porque configuran la mezcla de las tres cosas.

En otros relatos, es a través de ciencias extrañas como el ocultismo que viaja a escenarios propios de la más pura alucinación esquizofrénica donde, por ejemplo, encuentra personas muertas en vida atrapadas en gotas de agua, mirando a través de un microscopio especial. Es el caso del relato *La visión*. He aquí un fragmento de lo que digo:

Apliqué mi mirada a la lente... y Anímula estaba allí de nuevo. La contemplé exultante saltar y danzar con la gracia de lo que no existe. [...], desde el fondo del bosque, vi cómo se acercaba otra silueta, una silueta que presentía espantosa, horrible. Y era, en efecto, la de un hombre que avanzaba torpemente [...] y ese hombre *tenía una cicatriz en el pecho, en el lugar del corazón* (Panero, 2014: 154).

Panero, en su vida personal también protagonizó historias esquizofrénicas, paralelas a las de su prosa, como el siguiente:

Recuerda Murillo la exégesis de Panero sobre la energía de los excrementos: El individuo ha de estar en contacto físico con la deposición. Al tiempo, se han de enchufar dos cables a la corriente, cuyos extremos opuestos estén acoplados a las heces. En el momento de introducir los cables en el enchufe, el sujeto recibirá una descarga, con lo que queda demostrada la transmisión de la energía a través de algo tan inocuo como los productos procedentes del proceso catabólico (Benito, 199: 218-219).

La obsesión y adoración por los excrementos es algo que también aparece en los cuentos; por ejemplo, la secta que aparece en *Aquello que callan los nombres* se dedica a adorar y devorar

excrementos: «y otro de sus emblemas, asociado a la tierra en donde el cadáver se pudre, era el excremento, las heces, que aquellos debo decir que respetaban por encima de todo: así su comunión era devorar, juntos, sus miserias, a las que daban el nombre de “piedra negra”, atribuyéndole las mayores virtudes mágicas» (Panero, 2014: 268). Estos también sentían una devoción particular por las drogas: «las drogas que utilizaban para elevar el tono mental eran por lo visto belladona, beleño, opio, cocaína algunas veces; pero sobre todo una capaz de hundir por completo al no habituado, un hongo llamado “Amanita muscaria”» (Panero, 2014: 271)

Incluso con su madre, en la vida real, puso en marcha esta obsesión que tuvo para su literatura y su vida:

Obsesionado con el esquizoanálisis y con la *sana intención de curar* a su madre, Leopoldo porta una metalizada caja llena de pitillos elaborados por él con algunas hebras de tabaco y sus propias heces. Aquello apesta y apenas prende. Pensaba regalárselos a Felicidad en la convicción de que cuando los probara iba a salir de la esquizofrenia paranoide que él le ha diagnosticado. Piensa que sólo así llegará a su propio yo, al punto axial. Un sistema simbólico, un modo de retrotraerse [...] a la fase anal, a la infancia (Benito, 1999: 233).

La esquizofrenia paranoide de la que habla, envuelto en un clima freudiano, está claro que se la presiente él mismo. Otra vez, una de las ocasiones en las que vivió en Barcelona: «Él se dirigió al hospital de Bellvitge [...]; en el depósito de cadáveres aguardan los restos mortales de Conchita para ser inhumados. Leopoldo habla con la familia allí presente y pide ver el cuerpo con intención de resucitarlo a través de un proceso en el que utilizaría agua y electricidad.» (Benito, 1999: 229). Resucitar a los muertos es otra de las alucinaciones esquizofrénicas de Leopoldo María Panero, aquí la quiere poner en práctica a través de un experimento, en otras ocasiones que hizo lo mismo, como cuando su madre murió, quiso devolverla a la vida con un beso, como si fuese una princesa de los cuentos clásicos: «Cuando Leopoldo llegó [...], intenta resucitar a su madre mediante el boca a boca» (Benito, 1999: 315).

La esquizofrenia en los personajes y tramas de la prosa de Leopoldo María Panero, así como de su vida, su mirada paralela, supone una actitud de alejamiento simbólico y real de lo que se considera normalidad, y ese camino conduce al refugio en la soledad de la paranoia.

3.5 La paranoia como hábitat mental

Según el *DSM-5*, «la característica esencial del trastorno de la personalidad paranoide es un patrón de suspicacia generalizada y de desconfianza hacia los demás de manera que sus motivos se interpretan como malévolos» (Asociación Americana de Psiquiatría, 2014: 649).

Esta actitud paranoica es clave en los personajes de la narrativa de Leopoldo María Panero, ya que es gracias a ella que las tramas avanzan: la paranoia para la prosa de Leopoldo María Panero es como el verbo para la oración.

La paranoia configura el hábitat mental de Leopoldo María Panero, quien, alejado del mundo y sus paradigmas a través de su propia idiosincrasia, que le lleva a alejarse todavía más y a sentir hostilidad hacia el entorno que le rodea, es sujeto de todo tipo de confabulaciones y pensamientos de desconfianza hacia su contexto; pese a que en un principio pueden parecer locuras, estas locuras son los motores de la acción narrativa y sus consiguientes sucesos.

Es lo que ocurre, por ejemplo, en *Presentimiento de locura*, donde el protagonista toma la idea paranoica de que el niño que han adoptado con su mujer tiene algo extraño; luego, así como van pasando los acontecimientos, se va cerciorando de que no es nada bueno eso extraño que él ve oculto en el niño, quien esconde algo malo que poco a poco se va desentrañando gracias a la actitud paranoica del personaje principal, que se vuelve locamente paranoico con todos los indicios que se van sumando con el desarrollo de la trama. Por último, a veces, como ocurre en este cuento, Leopoldo María Panero deja el final abierto a que todo haya sido una alucinación del protagonista, o que quizá no lo haya sido, pero el caso es que la alucinación es la que acaba venciendo a la banalidad, como aquí ocurre, ya que el niño acaba muerto, suicidándose, ante la teórica culpabilidad que el protagonista le atribuye, no demostrada sin embargo del todo, de hechos como la muerte de la mujer del protagonista, su madre adoptiva. Al principio la paranoia estaba constituida tan solo en detalles:

Aquellos pequeños, pero sorprendentes detalles —su desinterés por toda conversación, su tardanza en hacerse amigos, su obsesión por la oscuridad— me hicieron pensar en alguna clase de desequilibrio mental, y así se lo hice saber a mi esposa, si bien usando todo tipo de precauciones, pues no quería por nada del mundo estrangular su nueva alegría. Pero Cristina [...] no quiso saber absolutamente nada de ello [...]. Por otra parte he de reconocer que durante

ese primer periodo la mayoría de los detalles [...] podían pasar por perfectamente normales en un niño de esa edad: uno de estos, por ejemplo, era su amor por los animales, especialmente por... los peces (Panero, 2014: 69)

Así, cuando va avanzando la trama se va intensificando la paranoia: «La primera vez mi escritorio apareció cubierto de cadáveres de moscas: en los primeros instantes, casi ni lo advertí, tan inaudito era el hecho; tuvo que pasar algún tiempo para que la realidad de aquello se impusiera, intolerable. Y entonces, como he dicho, sin siquiera reflexionar, supe que él lo había hecho» (Panero, 2014: 72). Lo más conceptual es que el personaje Jorge, a quien Leopoldo María Panero tilda de bonachón, banal y mediocre, es quien paradójicamente dice esto: « “Esta hipótesis está [...] deducida de los escritos de un paranoico que, como todos los enfermos de esta índole, no perdió nunca la razón”» (Panero, 2014: 77). Aunque lo ponga en boca de un personaje secundario, ese pensamiento siempre sacudió la mente de Leopoldo María Panero, quien llegó a decir lo mismo con otras palabras en múltiples ocasiones, alegando que la paranoia era de verdad, que existía realmente y que no era ninguna alucinación.

Esto ocurre a lo largo de otros relatos: por ejemplo, en *La visión* se ve cómo inmediatamente, tras la paranoia, se certifica su verdad: «y llegué hasta suponer que el joven en cuestión se dedicaba a la trata de negros, o alguna actividad aún más prohibida, como la increíble magia negra. Lo cierto es que aquel día habría de hablarme confidencialmente de algo relacionado con lo oculto.» (Panero, 2014: 132).

Otro relato en el que el peso de la paranoia es muy importante es *Mi madre*:

Fue sólo al cabo de un rato de estar con ella cuando sentí una sensación que no sabía si era imaginada o tenía por el contrario la bajeza de lo real: me pareció que me miraba con algo así como avidez, no como al hijo de su marido ni tampoco como a su hijo, sino como a un posible amante. Aquello me repelió, porque yo no quería a una amante, sino a alguien que imitara bien la palabra «madre» (Panero, 2014: 48).

Panero, de la mano de la paranoia, va moviendo sus pensamientos, como el que aparece aquí de fondo y en el horizonte: el paranoico Freud y sus psicoanálisis paternofiliales, que son los que acabarán, por ejemplo, en este relato, por confirmar esa paranoia que desde pronto el personaje protagonista va configurando.

Tal y como ocurre con la llamada esquizofrenia, que se da a la par en la obra y en la vida de Leopoldo María Panero, pasa también con la paranoia, como en esta situación que describe Benito Fernández:

Leopoldo está tan al límite que incluso su querido amigo Monge, harto de su comportamiento, llega a echarlo de casa. Lo recoge el traductor y mecenas David Fernández Miró [...] con quien tiene un altercado: le da unos guantazos porque el poeta se mete con su mujer. A la calle otra vez.[...] .Hasta que tuvo problemas con un tipo que se enfrentó a él con una navaja y le propinó una dura paliza. Intentó liquidarle en un bar muy concurrido frente al mar. Aquel incidente le marcaría de por vida. Quedó aterrado y mitificó el trance como Artaud la aventura [...] de dos chulos marseleses que le hirieron de un navajazo en la espalda, [...]. Lo mismo le sucedió a Panero: estructuró a la vez mito y paranoia. [...] Hacia finales de agosto, huyendo de Palma de Mallorca, regresó a Madrid. Visita a Marava [...]. Se halla en un estado de histeria total. «Vino paranoico perdido. Obsesionado con que le querían matar, que la CIA le quería matar», evoca Marava. (Benito, 1999: 231-232).

Tan solo poco después de aquello: «logra verse con Oswaldo Muñoz, al que le repite sin tregua la siniestra historia de Palma de Mallorca. Ahora dice que le atacaron los guerrilleros de Cristo Rey» (Benito, 1999: 231-232). Más tarde, sigue con lo mismo:

La paranoia sigue haciendo mella en él. Continúa aterrado con los sucesos de Palma de Mallorca, la discoteca O'Clock y el asunto de intento de violación de Marava. Espantado, decide exiliarse. En la estación Leopoldo ve policía secreta por todas las esquinas. Cree que el Gobierno Suárez quiere liquidarle a toda costa. Sube a un tren que está vacío; como no ve a ningún viajero piensa que algo se ha tramado y que acaba de caer en la red. Angustiado, salta por una ventanilla. Cae de espaldas contra el empedrado de la vía (Benito, 1999: 239).

De la actitud paranoica de los personajes de Leopoldo María Panero deriva la tensión que ocupa una doble posibilidad constante a lo largo de la prosa del autor, así como a lo largo de su propia vida: por un lado, una primera opción que es creerse esa voz de la teórica locura, el pensamiento de la paranoia que hace avanzar la vida de los personajes; por otro, evitarla mediante el sendero de la banalidad, camino que siempre que se toma no hace sino llamar con más fuerza a esas voces de la locura: muertes, asesinatos, cadáveres, magia, ocultismo, conexiones mitológicas etc. Esta es la

bipolaridad que conduce al final de los relatos y, hasta el fin, se mantienen abiertas las dos posibilidades, solo que intensificadas por el avance de la trama. Incluso a veces el final de las historias está envuelto por un clima difuso generado por la tensión entre ambas opciones, como ocurre por ejemplo en *Presentimiento de locura* cuando el protagonista tiene encerrado al niño que cree causa de todos sus males:

Y por un segundo pensé que todo aquello era insensato, pero me *negué* a pensar que yo estaba loco, porque sabía que era eso lo que él quería [...]. A la mañana siguiente, cuando a duras penas me levanté pensé de nuevo [...] que yo era el monstruo, que debía liberarlo y entregarme yo mismo a las autoridades, para que me aniquilaran —pero rechacé, no sin esfuerzo ni sin la eficaz y providencial ayuda del alcohol, aquel pensamiento, aquella imperdonable debilidad—. De manera que, para endurecer el ánimo, bebí ya desde por la mañana, como digo, y, ya bastante borracho, subí al torreón para observar a mi juguete; pero habría de llevarme esta vez una amarga sorpresa, que acabó con mi única diversión: porque, en efecto, pude ver con horror su pequeña figura, ensangrentada, magullada infinitamente y con el vestido desgarrado como la bandera de un ejército destruido, su pequeña figura balanceándose en la oscuridad, colgada de uno de los numerosos trozos de cuerda que había en el suelo [...] (Panero, 2014: 92-93).

Esta doble posibilidad en la que se fundamenta la existencia y la ausencia de la paranoia de Leopoldo María Panero es la bipolaridad.

3.6 La bipolaridad como final

En Leopoldo María Panero, la bipolaridad es la fase final de lo que comienza con la esquizofrenia, siendo la consolidación de la paranoia como posibilidad real que arrastra los senderos de la vida por las voces de la muerte: esas voces que fueron sembradas a la par que olvidadas con el nacimiento del individualismo del que hablaba en la introducción de este trabajo, pero que han sido su plaga caníbal desde la soledad tras el paso del tiempo.

Así, la paranoia conduce a sus personajes a tener una actitud bipolar que camina entre: creerse o no creerse la visión paranoica y loca de los acontecimientos: esta es la energía por la cual se ponen en marcha los sucesos importantes de muchos de los cuentos donde, al final, acaba imponiéndose la locura, la muerte, el precipicio que se oculta tras lo normal, lo banal, porque ha sido esa la realidad que ha permitido el desarrollo de las historias.

Esta actitud bipolar que se observa en los protagonistas de sus cuentos es la actitud que tuvo él a lo largo de su vida, siempre con una vida guiada por caminos de la llamada locura, frente a la mayoría, caminante por lo banal y lo normal. Así, a lo largo de los relatos de Leopoldo María Panero se pueden observar muchos ejemplos de ello, plasmados en muy diferentes contextos y formas: por ejemplo, una de las constantes es anteponer bipolarmente «realidad» y «locura», como se ve en *Aquello que callan los hombres*: «sin pánico ya de fantasmas y visiones de un mundo que no podía ser peor que la realidad, sino que todo lo más lograría hacer poesía de su inefable horror» (Panero, 2014: 291). O aquí: a lo largo del transcurso del relato *La substancia de la muerte*, donde por ese juego de contrarios que supone la bipolaridad, la voz de la locura, del misterio, se vuelve a imponer sobre la banalidad: «Pero había de ser alguien como Juan, muy poco adicto a los libros, quien trajera a nuestra reunión el olor de los vicios más graves que el alcohol o la morfina [...]. En efecto, el azar le dispuso encontrar, en Salamanca, un libro que le dio qué hablar durante mucho tiempo. Se trataba, en él, de una épica llamada canibalismo negro [...]» (Panero, 2014: 349). Poco más tarde, en ese mismo relato, Leopoldo María Panero juega con la bipolaridad de manera magistral:

habían comenzado a practicar, de alguna forma por mí desconocida, el tenebroso ritual del canibalismo mágico. Pero no quise seguir pensando en esa posibilidad por temor a volverme loco. De manera que cuando dieron las campanadas a la hora de la medianoche, salí a tomar unos vinos en el bar de Braulio, el enterrador. Me tranquilizaron de entrada las voces humanas:

la soledad muchas veces nos vuelve locos. Hablando de nada, o de casi siempre, con los parroquianos resistí hasta la hora del cierre. A la vuelta, cuando pasaba cerca del camino que conduce al cementerio, vi a tres de mis hombres venir borrachos; faltaba el kid. Cantaban aquello de «En la tumba de un borracho» y pensé que se referían a mí. Les saludé, temblando por el pensamiento de estar loco ya (Panero, 2014: 350).

Además de que Braulio es el enterrador real de su localidad Astorga, se puede ver así cómo no deja de meter su biografía dentro de su obra para jugar literariamente con ello a su gusto, en este pequeño fragmento la paranoia pelea contra la normalidad, es decir: la locura contra la banalidad, tambaleándose de un lado al otro rápidamente, como le ocurre al protagonista de *Presentimiento de locura*, quien afirma a lo largo de la trama: «mi pensamiento oscilaba de uno a otro extremo» (Panero, 2014: 90).

La bipolaridad indica la anteposición de dos planos: el banal, que supone en Panero la mentira sobre la que se impone el otro plano: la verdad de la locura, compuesta por misterios, simbologías particulares, muertes, asesinatos, magia, ocultismo, drogas, sueños, premoniciones etc. Continuamente se anteponen a lo largo de toda su prosa estos planos donde, al final, es la locura la que lleva el peso de las historias: esto es, lleva el peso de la vida de los protagonistas y los espacios por los que se mueven, es decir: son su verdad.

4. Conclusión: verdad y locura.

El mundo en el que vivimos, al igual que los mundos que dibuja en su prosa Panero, está regido por la locura de un sistema individualista que lleva en su sombra tras de sí la soledad, un sentimiento que hasta el más virtuoso de los individualistas padece alguna vez. La actitud de la mayoría de la gente ante esa soledad es refugiarse en la banalidad de la sociedad, caracterizada por lo mediocre: una normalidad inventada bajo unas normas aceptadas por la mayoría que, como obvian la verdad que tapan, son por ello artificiales, sin sentimiento ni sentido. Por esto es que los personajes de la prosa de Panero, solitarios, para avanzar la trama, tienen que guiarse por esas voces de la locura, porque son la única verdad, oculta, eso sí. De lo contrario, no podrían avanzar.

Algo parecido ocurre en el mundo con esta sociedad mecanizada que nos rodea y nos obliga a participar en ella día a día: un mecanismo de la muerte que como decía Panero en *Paradiso o «Le Revenant»*: «el Todo se bamboleaba que era un primor, de aquí para allá, de allá para acá, y así siempre, que cosas tan estúpidas no suelen tener fin ni principio alguno que no fuera este: de aquí para allá [...], qué cosas tan estúpidas que ignoran su principio» (Panero, 2014: 340), avanza circularmente ahí sin más sentido que el paso del tiempo que se consume en esa red artificial desconectada de la naturaleza humana, que peligra bajo la loca verdad de la realidad.

Si supiésemos nosotros, la mayoría de habitantes del planeta, por ejemplo, qué planes orquestan ahora mismo los servicios secretos de las grandes potencias políticas, cuando solo las filtraciones de información ya nos parecen un escándalo, ¿nos volveríamos locos?. Si supiésemos los secretos que guardan nuestros familiares para no hacernos daño, ¿nos volveríamos locos?. Si viésemos las muertes de desnutrición a diario en el mundo, o las muertes por guerras cuyo único principio y fin es individualista y comercial, ¿nos volveríamos locos?. Ahora que ya estamos viendo cómo el ser humano puede crear máquinas con la forma de un humano que hagan la tarea en la que se ha convertido la existencia humana mejor que el propio ser humano, porque son máquinas, como el proceso capitalista en el que estamos inmersos, ¿no es para volvernos locos? ¿O mejor evitar la mirada de la locura, como intentan hacer los personajes de las tramas de Panero y que la verdad de la locura nos azote en el futuro con más fuerza por ello?

Seguramente sí que nos volveríamos locos, porque todo ello conllevaría, inequívocamente, a aceptar como mentira todo lo vivido hasta ahora, y descubrir que la locura es de verdad.

Panero configura en su prosa una metáfora exagerada de las coordenadas de este mundo en el que nos movemos, guiado por la locura, guiado por la verdad.

La única solución para él es destruir lo que nos destruye: la banalidad, para poder romper todos los esquemas y volver, de la mano del fin de esa banalidad de la mano de la locura que oculta, matar esta realidad y que así algo nuevo pueda volver a nacer.

Al igual que traza esa destrucción en la prosa, lo hace en la poesía, tal y como dice Túa Blesa:

La cuestión radica, según creo, en cuál sea el punto de vista desde el que se leen los poemas de Panero. El lugar que requiere tiene que ver con la posición de ultimidad, de final del mundo, de apocalipsis, con la que caractericé esta poesía en Leopoldo María Panero, el último poeta (Blesa 1995) y que ahora parece conveniente matizar llevando esa posición a un momento todavía posterior, al momento que es ya el que sucede al último, a uno en el que el fin del mundo ya ha acontecido. Ante la desaparición del mundo, del yo, de la humanidad, ante la llegada de la nada, lo que se tiene por nada, ¿no habría de desbaratarse todo? (Panero, 2014b: 12-13).

Estos son los escenarios donde se mueve Panero, cuya palabra, según Túa Blesa: «es póstuma, posterior al lenguaje, a la vida, al mundo, y desde luego dicha tras la muerte del sujeto es algo que está dicho reiteradamente en la escritura de Panero» . (Panero, 2014a: 13)

Y es que, como dice Alfredo Saldaña, Panero tiene: «un lenguaje “en los bordes del fin de la literatura” (Panero y Rizzo, 1997: 10), traspasando con frecuencia sus contornos, sus fronteras, como si la institución literaria dibujara un paisaje demasiado angosto, sus límites le resultaran insoportables y tuviera la necesidad de experimentar constantes intentos de fuga» (Saldaña, 2012: 2)

Este es el lugar de la posmodernidad donde se mueve Panero, y tal y como sostiene Túa Blesa: «La obra de Panero habrá que nombrarse y tenerse como postpoesía» (Panero, 2014a: 14-15)

Así, en definitiva, tanto Panero como sus personajes, en mayor o menor medida autobiográficos, encarnan la figura del héroe. Túa Blesa afirma sobre la vida de Panero: «Una vida, en fin, que ha de calificarse como heroica, pero que resulta ser la de un héroe que se enfrenta a fuerzas que le son inmensamente superiores y que, por tanto, acaban por sumirlo en la derrota» (Panero, 2013: 9)

Por lo tanto, la figura de Panero y sus personajes es la del héroe posmoderno, que de la mano de la locura viene a acabar con la posmodernidad, a destruirla con la cara más fea de su moneda, a sacar a relucir su verdad y así poder acabar con ella, para que así vuelva a haber espacio para que lo primitivo, lo más cargado en esencia de la vida, vuelva a nacer.

5. Referencias bibliográficas.

- Asociación Americana de Psiquiatría (2014). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM-5®)*, 5.^a ed. Arlington.
- BENITO FERNÁNDEZ, José (1999). *El contorno del abismo, vida y leyenda de Leopoldo María Panero*, Barcelona, Tusquets Editores.
- CHÁVARRI, Jaime (1976). *El desencanto*, Madrid, Elías Querejeta Ediciones.
- DELEUZE, G. y F. Guattari (1985). *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, trad. de F. Monge, Barcelona, Paidós.
- FRANCO, Ricardo (1994). *Después de tantos años*, Aiete films y Ariane films.
- PANERO, Leopoldo María (2014). *Cuentos completos*, 2.^a ed., ed. de T. Blesa, Madrid, Páginas de Espuma.
- _____ (2014a). *Poesía completa (2000-2010)*, 2.^a ed., ed. de T. Blesa, Madrid, Visor.
- _____ (2013). *Poesía completa (1970-2000)*, 5.^a ed., ed. de T. Blesa, Madrid, Visor.
- _____ (2011). *Traducciones / Perversiones*, ed. de T. Blesa, Madrid, Visor.
- SALDAÑA, Alfredo (2012). «[Tensar el pensamiento sobre el arco de] la escritura de Leopoldo María Panero», *Actas del IX Seminario «Pensamiento literario español del siglo XX»*, en prensa.